

Su asombro fué igual.

Ella estaba tan trastornada como él.

—Y tú, ¿qué haces aquí?—la preguntó Dantenac.

—Benedetta había parecido... me había escrito... He venido á buscarla y me encuentro con que ha desaparecido de nuevo.

—Es imposible.

—Es la verdad.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer.

Pedro Dantenac lanzó á su alrededor una mirada inquieta. Temía ser reconocido, perseguido.

Llevó rápidamente á Marieta hasta el coche que le esperaba á algunos pasos, y la dijo:

—Vente, vámonos de aquí.

Y abriendo la portezuela la obligó á entrar en el carruaje, diciendo al cochero:

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

IV

Dos dolores.

Cuando Marieta recibió la carta de su hermana en Marignac, experimentó el primer momento de alegría después de la huida de la desgraciada Benedetta.

Leyó la carta á todos los amigos juntos y les pidió consejo.

La decisión fué unánime.

Puede adivinarse fácilmente.

Barrousse, Rabastoul y el cura Ardigues no vacilaron ni un momento.

Puesto que se sabía donde estaba, era preciso ir á buscar y traerla al pueblo.

Hubiera ó no cometido una falta, no por eso dejaba de ser la cariñosa y dulce Benedetta, tan amable y tan querida de todos.

Se la perdonaría, se la consolaría y se trataría de hacerla olvidar las penas de que hablaba en su carta.

La tia Julia, muy vieja, quebrantada por las emociones que había sufrido, lloraba á la sola idea de volverla á ver.

Rabastoul, el padrino, se ofreció para el viaje; Barrousse le animaba á marchar; pero Marieta tenía derechos de preferencia, que nadie le podía disputar.

Ella fue la que se encargó de aquella misión.

En seguida se puso en camino.

Unicamente que los pobres viajan más despacio que los ricos.

Haciendo el viaje en el rápido, puede que hubiera llegado á tiempo.

El tren que la conducía, retrasaba más de diez horas sobre el expreso.

La pobre Marieta llegó á la estación á las cinco de la tarde, pocos momentos antes que el tren que había conducido á Pedro Dantenac.

Menos dichosa que el representante de la banca Mosés, no encontró ningún coche y tuvo que contentarse con un ómni-

bus, que la dejó á alguna distancia de la calle de Visconti.

Por fortuna, su equipaje no era muy pesado.

Corrió todo lo de prisa que pudo á casa de su hermana.

Allí la esperaba una decepción.

En el momento que llamaba á la puerta de la vieja casa del marqués de Causssédé, la honrada señora Piot acababa de instalarse en lugar del padre Jeromo, de vuelta de una excursión de algunas horas.

El remendón había salido, como todo el mundo, hacia los Campos Eliseos, para asistir al desfile de las carreras.

La viuda, después de haber cambiado por sus vestidos ordinarios su pretencioso traje de paseo, y ejecutado punto por punto el plan convenido entre ella, el viejo Mosés y Próspero Lagrippe se había quedado guardando la casa.

Estaba sola.

Su cara odiosa resplandecía de alegría.

Ahora tenía un deudor, un deudor seguro, y el porvenir era suyo.

El servicio que acababa de prestar al célebre millonario, no era de los vulgares.

Al sonar la campanilla tiró del cordón y esperó á que entrasen, con la serenidad de las gentes que no necesitan de nadie.

La joven viajera se presentó en seguida.

A su vista la viuda se recogió sobre sí misma, como mujer que olfatea un peligro.

Las dos hermanas no se parecían, eran una especie de antítesis, un contraste vivo; pero había en ellas cierto aire de familia.

La señora Piot se hizo cargo de esto y vió en seguida que se iba á tratar de su inquilina.

—¿La señorita Soubére?—preguntó Marieta.

La compañera del padre Jeromo creyó deber afectar una desdeñosa ignorancia.

—¿Soubére?—dijo entre dientes.

—¿Benedetta Soubére?

—¿Será quizá la señorita Benedict?

—En efecto, me olvidaba...

—¿Desea usted hablarla?

—Soy su hermana.

—¡Ah! ¡demonio!—murmuró la portera.

—En ese caso debía usted haber venido antes.

—¿Por qué?

—Porque la persona por quien usted pregunta está ausente.

—¿Desde cuando?—preguntó Marieta turbada.

Una mentira no costaba nada á la señora Piot.

Comprendió que había que desembarazarse á toda costa de aquella hermana, que podría ser molesta.

—Desde ayer, me parece, porque la veía muy poco.

—¿Y no ha vuelto?

—No, es una cosa muy natural... ¿Viene usted de lejos?

Marieta balbució una respuesta ininteligible.

Estaba desconcertada, abatida.

Sin embargo, consiguió recobrar alguna energía y preguntó tímidamente:

—¿Dónde está?

—¡Ah, caramba!—replicó duramente la viuda.—Se equivoca usted si cree que los inquilinos nos dan cuenta de sus asuntos.

—Entonces la esperaré.

—No se lo aconsejo; en este tiempo puede estar muy lejos, y, además, ya comprenderá usted que yo no la conozco, y no la puedo entregar la llave de su cuarto.

Marieta hizo un gesto de desesperación que hubiera podido ablandar á una piedra.

—Mire usted, señora,—suplicó.—Hágame el favor, acabo de llegar de mi país... estoy muerta de inquietud... Benedetta me ha escrito, tengo su carta... y vengo á buscarla para llevarla conmigo... Es imposible que se haya marchado sin avisarme... por su gusto. ¿Dónde está?

La odiosa señora Piot hizo una seña de completa ignorancia.

—Estará donde la haya parecido bien—dijo.—A mí me parece que debe estar muy lejos. Si es usted su hermana, como dice, lo mejor que puede hacer es volverse á su tierra. Ella escribirá... Yo no sé nada más.

Y añadió con su cinismo de vieja correntona:

—No se apure usted tanto por ella; créame usted, una muchacha así encuentra muy fácilmente un acomodo... Tal vez haya encontrado lo que necesite.

Marieta no quiso oír más y se marchó.

¿Qué hacer? ¿á quién pedir consejo?

Pensó en Pedro Dantenac, ¿pero estaría en París?

A la ventura se dirigió á la calle del Circo, preguntando por ella á los guardias que encontró en la calle.

Ya sabemos lo demás.

En el momento que llegaba á las inmediaciones de la casa de Pedro, él salía, trastornado, convulso, presa de una de esas agitaciones que vuelven loco á un hombre y son causa de que todo lo vea de color de sangre.

—¿Pero qué te pasa? Pedro, ni siquiera me has abrazado—le dijo la joven dulcemente.

El la sujetó por el talle y estampó un largo beso sobre su frente.

—Perdón—la dijo,—no sé lo que me hago.

—¿Tú?

—Yo.

—¿Pues qué te ocurre? ¡tu eres rico!

—¡Quisiera Dios que nunca hubiera conocido esta riqueza!

—Estas casado... y tienes una mujer que adoras.

—¡Ojala, nunca la hubiera visto en mi camino!

—¿Qué dices? ¡Tú que tanto la querías! En la fisonomía de Dantenac se inició una sonrisa que no pudo terminar.

—¡Ah! sí—dijo,—la amaba estúpidamente, ciegamente, como un loco... y hoy... quisiera huir al fin del mundo... porque si permanezco aquí...

Apretó los puños en una explosión de rabia; sus ojos azules brillaban como láminas de acero prontas á herir.

—Y permaneceré —concluyó;— ¡tanto peor!

—Pedro —murmuró Marieta,—me espantas, ¿qué te ha pasado?

—Pasa—dijo Dantenac cogiéndola las manos y atrayéndola hacia sí—que los dos somos muy desgraciados, ¡pobre niña! pero yo mucho más que tú... Aguarda un poco y lo sabrás todo.

El coche caminaba á buen paso por la calle de Rivoli. Al volver por las Pirámides subió por la calle de Richelieu, y llegó á la plaza Louvois.

Allí se detuvo delante del hotel designado.

Marieta y Pedro Dantenac se bajaron. El joven puso un luis en la mano del cochero, que muy alegre, le dió las gracias diciendo:

—Salud, señor.

Pedro y Marieta entraron en el hotel. Era una de esas casas antiguas y confortables que disfrutaba de una buena clien-

tela de acomodados provincianos, amantes de la sencillez.

Dantenac no le conocía más que por los informes de algunos amigos.

—Dos habitaciones, señora—dijo, dirigiéndose á la anciana y respetable matrona que les recibió.—Esta señorita es parienta mia y viene á París á despachar algunos asuntos.

En seguida citó los nombres de dos ó tres parroquianos, que le valieron la más expresiva sonrisa de la dueña.

A las ocho estaba instalado cerca de Marieta, que ocupaba una habitación próxima, en un cuarto con un balcón á la explanada donde antes estuvo la antigua Opera, derribada después del atentado que sufrió el duque de Berry.

A las ocho y cuarto se habían reunido los dos jóvenes, y Pedro decía á Marieta:

—Mi pobre Marieta, los dos hemos sido cruelmente maltratados por la suerte. Se me figura que nuestros enemigos son los mismos. Son poderosos; nosotros somos débiles. Y sin embargo, tenemos que defendernos y castigar. ¡Déjame obrar! Tengamos confianza en el porvenir.

A las ocho y media salieron, cogidos del brazo, hacia el Palais Royal.

Aquello era un desierto donde Pedro Dantenac no temía ser reconocido.

A las diez, después de cenar silenciosamente en el café de Orleans, y de dar un corto paseo por aquellos jardines, antes tan célebres y bulliciosos, y hoy tan me-

lancólicos, volvieron á entrar en el hotel Louvois.

Pedro Dantenac abrazó á Marieta castamente, cerró la puerta que les separaba y se metió en la cama, aunque no pudo conciliar el sueño hasta la media noche, abrumado por la fatiga y aplastado por su desgracia.

Así terminó aquel largo viaje, al fin del cual los dos habian pensado sujetar entre sus brazos la felicidad.

V

Locura de príncipe.

La señora Piot podía felicitar-se, con razón, de haber terminado su misión con extraordinaria inteligencia.

El viejo Mosés la había hecho un adelantado soberbio, y la había prometido una recompensa de primer orden.

No le había robado el dinero.

Para salir triunfante había tenido que salvar numerosas dificultades.

Benedetta, siguiendo los consejos de Caussedé, estaba desconfiada; pero he aquí cómo se había arreglado la odiosa portera:

Había sabido por una antigua amiga del ministerio, que había ido subiendo hasta el punto de que su marido era ahora director general, que una anciana señora, la condesa de Lanrose, sola, sin hijos, casi sin parientes, buscaba una seño-

rita de compañía, una joven lectora... ¡Casa excelente, fortuna considerable!

La señora Piot se había acordado en seguida de ella: había hablado á su amiga, y la condesa de Laurose, bien impresionada por los informes recibidos, había manifestado deseos de ver á la joven. Las esperaba en su casa al día siguiente, después de mediodía. Era preciso presentarse, á salvo de rehusar la colocación si las condiciones no convenian. Después de todo, era sencillamente un paseo. El ómnibus y el tranvía bastarían. La señora Piot lo había prometido... La condesa de Lanrose ocupaba en Neuilly un hotel magnífico, en medio de soberbios jardines, una verdadera residencia de hadas.

Benedetta sabía cumplir su palabra.

Debía entrar en la tienda de la calle de Saint Honoré que la había recomendado el marqués de Caussedé.

Era lo convenido.

Así se lo dijo á la viuda, que se encogió de hombros.

Si se despreciaran semejantes ocasiones para aguardar á entrar en un sitio donde puede que no durara ni dos días, sería obrar tontamente.

— Hay muchísimas empleadas en almacenes, querida mía, que correrían como locas con tal de poder ocupar la plaza que á usted le ofrecen.

Además, Benedetta no se comprometía á nada con ir.

Después de verlo, podía elegir entre las dos cosas.

La señora Piot no parecía esperar mucho de aquella visita. Sólo que le parecía mal no presentarse después de haberlo prometido.

No tenía nada que temer. No se la obligaba á nada.

La condesa era vieja, y seguramente al cabo de algunos años, los que estuvieran á su alrededor no tendrían de qué arrepentirse. Al morir los dejaría, de seguro, muy buenas rentas.

La señora Piot hubiera querido ser joven, para aprovechar aquella oportunidad. ¡Por desgracia, estaba ya muy ajada y no servía para el caso!

La condesa quería á su lado una persona agradable y joven. Estaba en su derecho, ¿no es cierto?

La abominable mujer debía conseguir lo que se proponía.

Benedetta era muy débil de carácter para resistir por mucho tiempo tan apremiantes instancias.

Además, aquella visita á nada la comprometía.

Se había propuesto ir una última vez á las Clayes antes de entrar en la lencería; pero, sin embargo, cedió.

La víspera la había empleado en hacer sus preparativos y en procurarse, gracias al dinero de Causstedé, algunos efectos de que tenía necesidad.

Por eso era por lo que á las dos ya es-

taba dispuesta, bien ataviada, casi elegante en su modesta sencillez, y mientras las gentes de París corrían presurosas á las fiestas de Longchamps, atraídos por el Gran Premio, la señora Piot, colocada delante de la ventana de Benedetta, la llamaba con su voz aflautada:

—¡Señorita Benedict!...

La joven bajó y se encontró en el portal con el padre Jeromo, que al pasar, la miró de un modo compasivo.

Pero el buen hombre, aunque de mala gana, la dejó marchar obligado por un gesto imperioso de la viuda.

Ya en la calle, la señora Piot, respiró. Lo más difícil estaba hecho.

Un ómnibus las condujo hasta el tranvía de la Magdalena, y el tranvía los llevó hasta el parque de Neuilly.

No tardaron en encontrarse delante de una primorosa verja de hierro, entre dos muros de diez ó doce pies de elevación, por la que se distinguían magníficos grupos de castaños y sicomoros, plátanos y hayas, y medio desvanecidos entre el verde follaje, los azulados tejados de pizarra de un magnífico hotel de piedra labrada con elegantes columnas adosadas á su fachada principal, soberbia escalinata que daba acceso á la puerta, y el todo coronado con cresterías de plomo caladas como fino encaje y pararrayos que amenazaban al cielo.

—¡Esto es hermoso!--exclamó en un arranque de entusiasmo la señora Piot.

30556

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

—Sí, está muy bien.

Un turista puede pasear días enteros por los alrededores de París, donde todo el lujo y el gusto de los millonarios se ha empleado en crear maravillas; por Saint James, por Madrid ó por Passy, sin descubrir un nido tan florido, tan lleno de sombra y misterio.

Sin embargo, mientras la señora Piot llamaba al timbre de la puerta, Benedetta sentía el corazón oprimido por secreta angustia.

¿Por qué de pronto tuvo la idea de que aquella elegante morada podría convertirse para ella en una prisión?

Esto era absurdo y lo desechó como un presentimiento infundado.

Al sonar el timbre se oyeron á alguna distancia los fuertes ladridos de dos perros y la puerta se abrió.

Benedetta quiso retroceder. Fué un movimiento instintivo, pero la vergüenza la detuvo.

¿Qué podía temer?

Pasó.

La verja se cerró detrás de ella.

La señora Piot se había tomado el trabajo de cerrarla ella misma, mientras que en la puerta de un pabellón situado á la derecha, aparecía la figura de un hombre de gran estatura, con los cabellos amarillentos y cubierto con una gorra de plato, parecida á la que usan los oficiales alemanes.

—¿Buscan ustedes?...—dijo con el acen-

to del barón de Nucingen, precursor del gran Mosés.

—A la señora condesa de Lanrose.

—¡Muy bien!

El hombre tiró del cordón suspendido al alcance de la mano.

A lo lejos se oyó el sonido de una campana que sonaba en el vestibulo del hotel; se abrió la puerta y apareció en ella un criado vestido de negro, en el que hubiera costado gran trabajo reconocer á Brichard, el agente de policia del barón Mosés.

Brichard tenía el aspecto de un perfecto ayuda de cámara, con la cara cuidadosamente afeitada, á excepción de dos patillas cortas de un negro parduzco.

La buena señora Piot, había cogido á su compañera de la mano para evitar quizá que tratara de retirarse.

¡Tenía que ganar una buena cantidad!

El negocio estaba ya seguro casi del todo; pero la buena señora no estaba tranquila hasta que no la hubiera entregado en la propia casa.

Por fin franquearon el último obstáculo.

La viuda pudo respirar con libertad.

El ayuda de cámara, vestido de negro, dijo á la señora Piot y á Benedetta con mucha política:

—Si las señoras quieren seguirme... yo las conduciré al salón.

El salón no estaba en el piso bajo, porque el criado señaló á la señora Piot la

escalera que conducía al primer piso, y luego, cuando subieron, se puso á andar delante como para indicar el camino.

Benedetta contemplaba con estupor la casa en que se encontraba.

Nunca había tenido ocasión de contemplar semejante magnificencia.

La escalera, de doble revolución, que arrancaba del fondo del vestibulo, ó mejor dicho, del pórtico de entrada, era digna del palacio de un príncipe.

No se veían más que mármoles raros, bronce caprichosos, y dorados.

Pero á medida que se avanzaba en aquella extraña mansión, una particularidad llamaba poderosamente su atención.

La señora de Laurose debía gustar extraordinariamente del arte antiguo y sus desnudeces.

Al subir la magnífica escalera de piedra con artística balaustrada, sobre un tapiz maravilloso, Benedetta bajó los ojos, mientras la señora Piot se deshacía en entusiastas manifestaciones de admiración.

Una pintura de maravillosa ejecución corría á lo largo de las paredes representando con escandalosa audacia los detalles del sacrificio de las vírgenes ofrecidas en holocausto á Minotauro.

Más adelante, en el descansillo del primer tramo, un antiguo tapiz reproducía el rapto de las Sabinas.

Los guerreros estaban cubiertos únicamente con un casco, y las Sabinas, asus-

tadas, habían perdido en la refriega pleruns y clámides, ó si se quiere, faldas y camisas.

Instintivamente, Benedetta miró hacia atrás.

No sé si he dicho que la puerta quedó cerrada.

Toda retirada era imposible á la pobre joven.

Se resignó y decidió abandonarse á su suerte.

El criado que las guiaba siguió por un ancho corredor, alumbrado por una inmensa cristalada, guarnecida con artísticos vidrios de colores.

La joven avanzó maquinalmente, llamada por su compañera, que decía con entusiasmo:

— ¡Gran Dios, esto es soberbio!

Se oyó la voz del ayuda de cámara, que resonó en la galería como si estuviera allí la ninfa Eco, encargada de reproducirla.

Brichard decía:

— Si las señoras quieren entrar....

Al mismo tiempo abría una puerta que daba acceso á una sala, que no hizo más que atravesar para pasar á otra más amplia, donde estaban verdaderamente amontonados, muebles, cuadros, pianos y objetos artísticos de todas clases.

Brichard, añadió, dirigiéndose á la señora Piot:

— Si quiere usted pasar á la habitación de la señora condesa, esta señorita puede

esperar aquí un momento. La señora tiene que pedir á usted algunas explicaciones.

Tenía muy buen aspecto Brichard y hubiera podido pasa por un criado modelo.

La viuda no se hizo repetir la indicación.

Se marchó como una saeta, haciendo seña á Benedetta de que se esperara.

El criado pasó delante de la antigua pretendiente de ministerios, dejando caer detrás de ella un pesado cortinaje.

La joven se quedó sola.

Únicamente entonces pudo hacerse cargo del extraño lugar en que se encontraba.

Era un inmenso salón cuadrado, sin ventanas, con una elevación de cinco ó seis metros, alumbrado por una gran claraboya ovalada, rodeada de una ancha cornisa dorada y cubierta con vidrios claros.

Las paredes, tapizadas de seda roja, estaban cubiertas de cuadros de maestros antiguos y modernos.

Aquellos cuadros, como los tapices y las pinturas de la escalera, representaban escenas licenciosas de un atrevimiento extraordinario.

La más casta representaba el nacimiento de Venus.

Era una Venus espléndidamente hermosa, pero de una hermosura moderna, excitante como la pimienta en los platos que se usan.

Era una Venus nacida en las orillas del Sena, cuyos cabellos rubios habían sido cuidados por la mano experta de un peluquero de moda.

Los temores de Benedetta, vagos y confusos al principio, fueron poco á poco tomando cuerpo.

Examinó con inquieta mirada los muebles que la rodeaban, bajos y voluptuosos, con forma de divanes de harón y meridianas; las estatuas, entre las que sobresalía, elevándose sobre una columna, una muy hermosa representando una mujer desnuda, que con un dedo puesto sobre los labios, parecía invitar al silencio.

A pesar del tibio calor de fuera, en aquel vasto salón de gruesas paredes hubiera hecho frío, á no ser por la gran cantidad de cok que se consumía lentamente en una inmensa chimenea de mármol labrado, cuyo artístico copete parecía estar sostenido por dos Priapos de cara violentamente lúbrica.

Benedetta iba estando cada vez más inquieta.

¿Dónde se encontraba? ¿Qué había sido de su compañera?

Se aproximó á la puerta por donde había desaparecido aquella odiosa mujer siguiendo al criado.

La puerta estaba cubierta por una pesada colgadura de terciopelo, que levantó, viendo con asombro que no estaba cerrada.

Benedetta dió algunos pasos adelante.

Aquella habitación no era una sala. sino un comedor, dispuesto con extraordinario lujo.

Nada más rico, más confortable y al mismo tiempo más excéntrico que aquella habitación, con magníficos aparadores repletos de vajilla y cristalería labrada, de porcelana y de plata, con las paredes cubiertas de cuadros de una crudeza inverosímil, y cien candeleros de bronce dorado, adosados por todas partes á las paredes.

En todos lados espesa alfombra y en todas partes el mismo silencio.

Más allá de este departamento no había nada.

Una alta puerta de dos bojas, maciza y brillante, debía dar acceso á las otras habitaciones.

Pero aquella puerta estaba cerrada.

No se veía ni rastro del criado ni de la señora Piot.

Los temores de la desgraciada se cambiaron entonces en un verdadero espanto.

Era muy ignorante, muy ingenua; en sus montañas, hasta el día triste del atentado del viejo Mosés, había vivido rodeada de gentes sencillas y trabajadoras; no tenía ninguna preparación para aquellas intrigas del mundo, que apenas conocía.

Sin embargo, comprendió todo el horror de la situación.

El barón Isaac Mosés, sin otra fe ni otra ley que sus millones, había querido vengarse de sus desdenes.

Estaba completamente á su merced.

Los presentimientos que la habían atormentado al contemplar aquella casa aislada, no la engañaron.

Había querido huir, escaparse.

Pero era demasiado tarde.

Permaneció algún tiempo apoyada en la chimenea, abatida, desesperada.

El día iba declinando.

En la penumbra, un papel doblado que se destacaba sobre el peluche verde de un almohadón, llamó su atención.

Tenía la seguridad de que no estaba cuando ella llegó. ¿Quién lo había colocado allí sin ser sentido?

Se inclinó, y vió escritas estas dos palabras:

«Para usted.»

Entonces no vaciló un momento, y desdoblado, leyó rápidamente lo que sigue:

«Me ocupo de su felicidad aunque á usted le pese.

»Está usted prisionera, y no saldrá de la prisión hasta el día en que ceda usted de buen grado á mi voluntad, advirtiéndola que estoy dispuesto á ser para usted el más generoso de los amigos.

»Todo lo que usted quiera, todo lo que pueda desear, por grandes que sean sus aspiraciones, podrá obtenerlo con una sola palabra.

»Hasta entonces no podrá usted salir de entre las paredes que la encierran. No podrá volver á ver á su hijo, que no es de

usted sólo, acuérdesese, y el mundo no existirá para usted.

»Reflexione usted y piense que la amo como nadie podrá amarla, que la ofrezco una felicidad que nadie podría ofrecerla.

»Por lo demás, nada tiene usted que temer.

»Ni su vida ni su reposo están en peligro.»

No había firma, ¿para qué?

Benedetta no podía abrigar dudas.

Se hundió en un ancho sillón blando y muelle, ocultó su rostro entre las manos, y se abismó en profundas reflexiones.

La desgraciada pasó así la noche entregada á sus pensamientos, sin querer probar ninguno de los succulentos manjares que misteriosamente colocaron en el comedor.

VI

El viajero

Al día siguiente, á las siete y media, en la calle del Circo, en la habitación donde Matilde había recibido á Jacobo Mosés, la joven terminaba un tocado de *soirée*, ayudada por una esbelta y hermosa muchacha que en todos los viajes de la señora de Dantenac ocupaba el lugar de la doncella, que quedaba en Lisboa, para mayor libertad de la señora.

La joven Estefania era aquella morena

buen moza que Pedro Dantenac había visto la vispera en el fondo del patio, entretenida con los criados.

—La señora estará encantadora esta noche—decía Estefania mientras sujetaba por la espalda las cintas de un elegante corpiño de baile, rosa y crema, á mil rayas, escandalosamente descotado, dejando al descubierto el nacimiento del pecho, perfumado y pulido como el marfil. —Sin embargo, me parece que no está muy contenta.

Estefania sujetó por fin las cintas y dió el último toque á una guirnalda de rosas de té destinadas á adornar la cintura de la hermosa Matilde.

Y como la señora no contestase nada, añadió:

—Cualquiera diría que ha recibido usted una mala noticia.

Matilde iba á responder, pero se vió sorprendida por un fuerte campanillazo que se oyó en el vestibulo.

Estefania corrió á la puerta, la abrió y se encontró enfrente de un viajero lleno de polvo que se presentaba con una maleta en la mano.

—Caramba—dijo,—el señor Dantenac! E interiormente pensó:

—Ya pareció aquello, la mala noticia. ¡El marido!

Volvió en seguida al tocador gritando.

—Señora, es el señor.

El era en efecto.

Se precipitó á la habitación diciendo: